

## Agencia inmobiliaria X

Mi vida de gigoló me encanta, pero todavía hoy me sorprende haber desarrollado una profesión como ésta; de las que no salen en la lista de carreras que te dan en el instituto durante las sesiones sobre estudios superiores. El horario de trabajo es genial; los extras, sorprendentes; las jefas, todo un placer trabajar con ellas; pero el sueldo no es para tirar cohetes, y a ver quién es el guapo que solicita una pensión de jubilación cuando tu oficio consiste en saber *trabajarte* el cuerpo de una mujer. Pero si en algún momento empiezo a arrepentirme por haber intercambiado estabilidad por sexo del bueno, el destino siempre viene a recordarme que, con toda probabilidad, soy uno de los hombres más afortunados del mundo.

La semana pasada, por ejemplo, estaba echando un vistazo al escaparate de una agencia inmobiliaria de lujo en Hampstead, fantaseando con la idea de ser el propietario de una de aquellas mansiones de un millón de libras en lugar de visitarlas como invitado especial, cuando, entre el anuncio de una propiedad en Dartmouth Park y el de una lujosa casa de campo georgiana, detecté a una mujer guapísima que me miraba desde su imponente mesa de despacho. Y me guiñó un ojo. Un gesto descarado y sugerente que me daba a entender

que es el tipo de mujer con la que me encanta trabajar. Entré en la agencia y antes de sentarme ya sabía que entre nosotros no sólo existía una conexión, sino que, además, era de las de banda ancha. Más que atracción, diría que se trataba de una versión tácita de la ley de la oferta y la demanda. Cualquier atisbo de pensamiento sobre la fragilidad de mi futuro acababa de evaporarse.

Y aquí estoy, tras una intensa semana de sexo salvaje con ella, recorriendo con mis dedos la curva de su espalda. Ella ronronea con suavidad. Sonríe y me acerco a besarle la nuca. El olor de su cabello recién lavado se mezcla con el aroma decadente del aceite comestible de almizcle que mis expertas manos han masajeadado por todo su cuerpo. Me encantan los aceites de masaje comestibles; retirarlos después con la lengua es mucho más sabroso. Doy la vuelta al cuerpo, sus carísimas mechas se esparcen como un abanico dorado sobre la almohada, y le abro las piernas. Ella gime, un suspiro suave sobre mi piel, mientras empiezo a besarle los pechos, bajando despacio hasta que llego al punto donde comienzan sus ingles brasileñas. La miro y me devuelve la mirada sonriendo. Sujeta mi cabeza con las dos manos y la empuja hacia abajo. Sabe tan dulce como aparenta ser; aunque a veces las apariencias engañan. Diez minutos antes me estaba contando sus fantasías sexuales favoritas con todo lujo de detalles; por eso ahora estoy lamiendo el aceite de masaje de su clítoris mientras ella me ordena, gritando, que más fuerte, que más rápido, que más suave, que a la izquierda... Como veis, no hay problemas de comunicación. En cinco minutos consigo que se corra. Por lo general, intento que la cosa dure unos veinte, pero con órdenes tan precisas es muy difícil no dar en el blanco a la primera. En mi favor diré

que hemos pasado las últimas tres horas en la cama y, por cómo ha degustado su primer orgasmo de la tarde (yo por detrás y ella masturbándose en perfecta sincronía con mis movimientos), no me extraña que este clímax final sea como el café que te tomas después de una buena cena: corto, pero intenso.

—Debería patrocinarte L'Oréal —me dice instantes después, mientras le sirvo una copa de vino.

—¿Por qué? —pregunto con una sonrisa interrogante.

Bebe un sorbo y responde:

—¡Porque tú lo vales! —Y se parte de risa; a punto está de escupir el vino.

Muevo mi pelo castaño hacia un lado, en plan anuncio, y me pide entre risas y chillidos que lo haga otra vez. *Showman* hasta el final, me pongo en pie sobre la cama y empiezo a posar con mi mejor mirada penetrante, estilo anuncio de maquinillas de afeitar, moviendo el flequillo y susurrando «Porque yo lo valgo». Nos reímos tanto que pierdo el equilibrio y me desplomo sobre la cama, a su lado.

—Eres tan divertido, Golden —musita cuando dejamos de reírnos.

—A su servicio, señora —contesto, haciendo el gesto de tocarme el ala de un sombrero imaginario.

—En toda la tarde no he pensado en el trabajo ni un segundo —añade seria.

—Ahora mismo estás en mi mundo y lo único que debe preocuparte es el índice orgásmico —y la miro con cara de hombre de negocios.

—¿Qué? ¿Qué diablos es el índice orgásmico?

—Es mi objetivo personal. Mira, por ejemplo, hoy me he marcado la meta de darte, al menos, siete orgas-

mos. Llevamos cuatro, así que, en mi mundo, todavía queda mucho trabajo por hacer.

—Vaya, te concentras mucho en tu trabajo. Me gusta eso en un hombre. —Se tumba boca arriba y empieza a masturbarse—. ¿Te echo una mano? —me dice sonriendo seductoramente.

—¡Quieta ahí! —la riño—. Yo nunca engaño. ¿Qué sentido tiene tener a un hombre como yo al lado si te pones en plan «háztelo tú misma»? Estoy convencido de que alcanzaré mi objetivo, no te preocupes. La noche es joven.

—Tienes razón, ¿en qué estaría pensando? —dice fingiendo indignación—. Pero de todos modos necesito un descanso; casi acabas conmigo. Voy a darme una ducha y a refrescarme, así tienes tiempo de pensar cómo vas a entretenerme esta noche. —Y dicho esto, su culito descarado se aleja, cimbreado, en dirección al baño.

Madame Antoinette (obviamente no es su nombre real, pero en situaciones como ésta, la discreción obliga al uso de seudónimos) no es mi novia, pero tampoco es una clienta. Diría más bien que tenemos un acuerdo tácito. Veréis, el mundo del gigoló moderno existe dentro del difuso concepto de la revolución sexual femenina. Las mujeres quieren que les sirvan sus más atrevidas fantasías con suma delicadeza y diversión —algo para lo que el hombre promedio no está preparado—, pero sin que se trate de algo tan frío como una transacción económica. A mí me gusta verlo como un intercambio de experiencias: yo pongo la diversión y las habilidades y ellas corren con los gastos. En realidad, soy el equivalente en hombre de un Balenciaga, el accesorio perfecto para la mujer de hoy, bella y segura de sí misma.

Mi profesión siempre ha dependido de los deseos libidinosos del sexo débil. Mucho antes que yo, los caballeros parisinos y los señoritos londinenses ya disfrutaban del mecenazgo de poderosas damas. Cuando ellas tenían un deseo que satisfacer, lo hacían con discreción y solicitaban algo más sofisticado que una polla de alquiler. Conseguir una erección es fácil, lo que lleva más trabajo es dar con la persona adecuada. Ante todo está el estilo. Las mujeres quieren un *affaire*, divertirse un poco; aunque sea cosa de una noche. Y creedme cuando os digo que esto no se consigue con una gorra de camionero y una camiseta imperio. Cada dandi moderno debe elegir un estilo, un *look* que resuma el tipo de sexo que vende. El mío es mitad sofisticado-cultivado, mitad estrella del rock disoluta. Ahora mismo llevo una chaqueta *vintage* de piel, entallada, y una camiseta PPQ, una de las nuevas marcas más *cool* del panorama de la moda. La experiencia me ha enseñado que un par de zapatos malos tienen el mismo efecto en la libido femenina que una lengua inexperta. Antes sólo las esposas de los hombres ricos y las cortesanas podían permitirse el capricho de relacionarse con caballeros tan bien vestidos como ellas, pero hoy en día todas, desde las chicas de oficina hasta las damas más selectas, rechazan a los hombres mal vestidos de tripa cervecera y optan por un estupendo gigoló del que presumir colgadas de su brazo. Alguien que, además, les hará pasar un buen rato por un precio convenido. Y no estoy hablando de cuatro billetes arrugados sobre la mesilla de noche de cualquier hotel. No. Las distracciones sexuales de las mujeres son algo más que eso. Como decía antes, ellas compran un estilo de vida. Quieren ropa de diseño, revistas caras, reservas en restaurantes exclusi-

vos... y quieren al hombre que encaje en todo eso. Saben que unos Louboutins no salen caminando solitos de la zapatería por amor a unos pies bonitos. Las cosas buenas de la vida cuestan dinero.

Las comidas gratis no existen; sobre todo si se trata de un *bistrot* en el que tienes al diseñador de moda en la mesa de al lado. Las mujeres invierten en mi estilo de vida, no en mi cuenta corriente. Nunca me pagan en metálico, por eso a menudo paso de volar en primera clase hacia una cita a tener que tocar el piano en el café de mi barrio para poder pagarme la cena. Suena disparatado, pero he descubierto que las mujeres sienten curiosidad por este tipo de vida bohemia de extremos. Debo de ser una especie de pausa para ellas, comparado con los tipos que trabajan de nueve a seis y a los que no arrancas para una noche de sexo loco y romance sin antes haber rellenado una solicitud de vacaciones.

Lo curioso de todo esto es que me convertí en el ideal con el que toda mujer sueña porque durante años fui el tipo de hombre que ellas no querían. No por nada malo; yo era atractivo, cariñoso e inteligente, pero también muy ingenuo e incapaz de entender qué movía a las mujeres. Era como un cachorro torpe que correteaba siempre a su alrededor. De golpe me viene a la cabeza la imagen de una morena guapísima. Tiene una sonrisa preciosa y ojos traviosos. Hacía siglos que no pensaba en Simone D., la primera chica que me rompió el corazón. Creo que madame Antoinette me la recuerda un poco. Las dos son mujeres que tienen a los hombres bajo su poder: divertidas, coquetas, pero siempre se guardan una parte de ellas que no conoces nunca. Madame Antoinette es agente inmobiliaria, pero reconozco las cualidades que comparte con Simone D.; las

que hacen que los hombres sean una nota a pie de página en el orden del día de sus vidas.

Conocí a Simone D. en el conservatorio de música donde estudié hace ya unos diez años. Yo era un chico ingenuo de diecinueve años y Simone, aunque también tenía diecinueve, era una mujer de mundo que quedaba con hombres mayores que ella que conducían Porsches; probablemente, cuando me veía colgado por ella, sólo pensaba «Qué mono». Hoy conduzco un descapotable clásico (un regalo, claro) y me he convertido en el tipo de hombre con el que ella habría salido entonces. Sienta bien saber cómo excitar a estas chicas; tanto en lo sexual como en lo emocional. Son muy exigentes, pero eso todavía hace que sea más satisfactorio cuando consigues que se lo pasen bien.

—Golden, estoy aburrida. Vámonos de fiesta. ¿Qué hay esta noche?

Antoinette interrumpe mi reflexión con una sonrisa traviesa. Ha salido de la ducha y tiene un aspecto increíble con esta luz de la tarde. Lleva la sábana morada envuelta en su cintura, con los pechos insolentes al aire. Pero ¿veis lo que os decía? Muy exigente. Unos minutos sin trabajo y ya está ansiosa por una nueva aventura. Por suerte, sé perfectamente cómo manejar la situación. El truco está en hacerse con el control enseguida y no dejar que te sorprendan. Mi dilatada experiencia me dice que no está aburrida de mí, sólo necesita que la estimule con alguna novedad. Y aquí es donde entra en juego el otro atributo esencial de todo gigoló: no sólo cuido mi aspecto, cuido todo lo demás. Sabe que tengo los mejores contactos, que sé dónde encontrar la gente más sofisticada y las fiestas más exclusivas de la ciudad y que, además, estoy encantado de llevarla hasta allí en

mi carroza dorada. Quiere a alguien que la lleve de viaje en primera clase, no un perrillo pegado a su falda de Prada.

Saco mi *blackberry* y llamo a mi mejor amigo y colega, Rochester.

—Hola, soy yo, Golden. ¿Dónde estás? —Rochester es mitad ruso, mitad beliceño; una mezcla embriagadora y una seductora alternativa a mi caballerosidad británica.

—No te lo vas a creer —susurra con el acento marcado que vuelve locas a las mujeres—. Estoy con Famosa Z. —Rochester pronuncia el nombre real, pero yo soy demasiado discreto—. Hemos tenido veinticuatro horas de sexo desenfrenado. Me está esperando en el *jacuzzi*. ¡Es tan guapa! Mañana nos vamos a Miami en su avión.

—Qué bien —contesto sonriente. Uno se siente bien al saber que su mejor amigo mantiene un mano a mano con una actriz de Hollywood dispuesta a pagar por todos los placeres que uno le daría gratis; pero una parte de mí tiene envidia. No es que no esté bien con Antoinette, sólo que contar con una celebridad en el currículum está genial. A las demás mujeres les gusta pensar que juegan en la misma liga; es como un gran piropo. Obviamente cuento con algunas estrellas de Hollywood en mi currículum, pero ya hace demasiado tiempo que debería haber actualizado ese apartado. Sobre todo porque mi último fichaje importante estuvo implicada en un escándalo, y si a las mujeres les gusta saber que comparten pareja sexual con la última modelo que ha sido portada de *Elle*, enterarse de que la comparten con alguien que aparece en los periódicos sensacionalistas no tiene el mismo efecto afrodisíaco, que digamos.

—¡Diviértete! Llámame cuando vuelvas. Vas a tener que contármelo todo en la próxima reunión del gremio.

Me pregunto a quién le toca organizar esta vez nuestra noche de chicos. Creo que a mí. Tendré que pensar en algo excepcional; es motivo de orgullo entre nosotros que el que organiza la velada consiga convertirla en algo único. Intercambiamos consejos, anécdotas y contactos mientras nos tomamos unas cervezas (si no hay damas, podemos prescindir del champán, al menos por una noche) y competimos entre nosotros flirteando con cualquier mujer que se cruce en nuestro camino. Es como ejercitar un poco los músculos. Ver cómo un grupo de tíos guapos y elegantes despliega todo su arsenal seductor es todo un espectáculo. Y va mejor que el Botox para levantar la autoestima femenina.

El siguiente en mi lista de contactos es Johan, un supermodelo sueco. De él se rumorea que cobra diez mil libras esterlinas por donar su semen a mujeres mayores ansiosas de descendencia con ADN perfecto. Cara de ángel y tranca de... Bueno, ni que decir que es muy popular entre las mujeres.

—J., ¿cómo estás? —Camino hacia el pasillo y me siento en una preciosa silla tapizada estilo Luis VII. No me gusta que mis clientas descubran los mecanismos que ponen en marcha la magia. Si quisieran escuchar a alguien organizar algo, saldrían con el maître de un hotel—. ¿Sales esta noche? ¿No? ¿Y eso?

Johan se muestra extrañamente misterioso cuando le pregunto qué va a hacer. Seguro que tiene una nueva acompañante, pero aun así es extraño que no me dé ni una sola pista. Suele ser muy discreto con los detalles más jugosos; todo lo contrario que Rochester. Una pena

que no salga hoy, porque la verdad es que está muy bien rodearse de algún supermodelo cuando estás trabajando. Mientras a tu clienta no se le vayan los ojos, eleva el caché del evento. Máxima rentabilidad por la misma inversión.

Cuando llamo a un tercer amigo, no tengo ni que preguntarle si sale. Ritmo de música electrónica y gritos de diversión contestan mi llamada.

—Zen, ¿dónde estás? —Ahora que lo pienso, debería haber llamado a Zen el primero. Es el accesorio perfecto para una noche de marcha: glamuroso, guapo... y alguien que, más que conocer el ambiente, es el ambiente.

—Estoy pinchando en Sketch. Celebran la fiesta de presentación de un perfume. ¿Te vienes? —Justo lo que quería oír.

—Resérvame cuatro plazas en la lista de invitados.

—Entonces, ¿salimos de fiesta? —grita Antoinette desde el baño, donde la veo maquillarse por la puerta entreabierta. Sigue desnuda, salvo por un minúsculo tanga de color rosa. Qué pena que tenga que vestirse.

—Claro que sí. Vamos a ir a la fiesta de presentación de un perfume. Estará toda la gente importante del mundo *fashion*.

Me alcanza una botella de champán para que la descorche y empecemos la fiesta antes de volver al baño. Es increíble lo que ganan los agentes inmobiliarios hoy en día en Londres. Seguro que madame Antoinette tiene unos bonos considerables. Su tren de vida está por encima del de muchas inversoras cuya compañía frecuento. Bueno es saber que el dinero de los propietarios de clase media está bien invertido.

—¿Plataformas o tacones de aguja? —Se acerca a la

puerta del baño y se apoya en el marco, curvando la cadera hacia fuera de una forma muy sexy. Es adorable.

—Plataformas, pero con una mini.

Otra de las ventajas de un profesional experimentado como yo es que cuando me preguntan qué deben ponerse nunca digo «No sé» o «Lo que tú quieras». Parte de mi trabajo incluye hojear el *Vogue* o el *Vanity Fair* y conocer los consejos sobre moda que las mujeres quieren oír.

—Tengo dos plazas más en la lista de invitados, por si te apetece traer a alguna amiga —le digo.

—¡Genial! Llamaré a Melinda y a Haley —y me lanza una sonrisa. Para ella es importante salir a divertirse a lo grande después de una semana intensa en la agencia. Salir con sus amigas y saborear la gloria de figurar en una exclusiva lista de invitados forma parte del *pack*. Y ahora, a ver qué me pongo yo.

Sin pecar de falsa modestia, diré que, además de los múltiples beneficios que reporta para el estilo de vida de una dama acompañarse de un hombre como yo, el motor que mueve toda esta dinámica es el sexo. En concreto, la experiencia me ha demostrado que entre las compras exclusivas y el dejarse ver, lo que prima son los juegos preliminares. La diferencia es que, mientras que un noviete promedio los resume en un «Chúpamela», un gigoló profesional lubricará el tema con encanto y champán y proporcionará, además, experiencias exclusivas que están fuera de la carta. Es como comparar una mesa para dos en un restaurante de lujo con una pizza a domicilio. De todos modos, por muy experimentado que me considere, me quedé a cuadros cuando, algo

más tarde aquella noche, me vi satisfaciendo los deseos de madame Antoinette. Admito que me sorprendió.

Lo que me gusta de las profesionales con carrera es que saben lo que quieren, y eso hace que sea más fácil cumplir con la regla número uno de la etiqueta de todo buen caballero: dejar que ellas den el primer paso. Sé que puede sonar raro, pero si lo piensas con detenimiento, tiene mucho sentido. Las mujeres se pasan la vida aguantando la tabarra que les dan los tarugos que quieren acostarse con ellas, convertidas en meros objetos sexuales gracias a miradas babosas de cualquier macho. Parte de la diversión para ellas es perseguir a su presa. La diferencia es como ir de compras o ir de rebajas. Se trata de conseguir algo porque realmente lo quieres, no porque esté a precio de ganga. Y esto no significa que yo vaya de duro por ahí; no sería divertido. Soy muy accesible y me encanta flirtear, y cuando el juego ha empezado, me convierto en un experto en el arte de la seducción. Es como si la persecución fuera una especie de danza provocadora, con la mujer como una flautista que acierta el tono que te hace bailar.

—No llevo bragas —me susurra, coqueta, madame Antoinette mientras dejamos atrás la cola para entrar en el club. Y sonrío al comprobar de un vistazo lo escandalosamente corto que es su vestido. Mi *peepshow* particular. Me encanta, y ella lo sabe. En el bar, la rodeo con el brazo por la cintura mientras pedimos una ronda de cócteles de champán para los cuatro y ella deja su tarjeta de crédito sobre la barra. Mientras le sirven, compruebo por detrás que me ha dicho la verdad. Al contacto de mis manos frías, da un respingo. El camarero levanta una ceja y ella ríe, se vuelve, me mira y me guiña un ojo mientras me pasa una copa.

Mientras brindo con sus amigas, me pregunto qué deben de pensar de mí, qué les ha contado ella. Salta a la vista que lo nuestro no es una relación normal. Soy un perfecto caballero, pero no salgo escopeteado hacia la barra a por las bebidas ni tampoco pago la cuenta de la cena. Un trofeo, eso es lo que soy; algo que en el contexto habitual de relaciones hombre-mujer suele funcionar al revés. Haley me lanza una sonrisa insinuante y yo se la devuelvo en plan amistoso, sin darle pie a nada. Ligar con las amigas de Antoinette no estaría bien; a no ser que ella quiera que se unan a la fiesta, y os sorprenderíais de lo a menudo que eso pasa, aunque no en esta ocasión. Sé que sus dos amigas sólo están probando a qué temperatura está el agua, mientras que Antoinette se ha dado un buen chapuzón... en champán.

—Golden, estás encantador, como siempre. ¿Quiénes son estas chicas? —Zen ha salido de la cabina del discjockey. Lleva unos tejanos negros, los más ajustados que he visto en mi vida. Van a conjunto con la media melena azabache y su corte de pelo irregular. Su sonrisa contagiosa borra lo que pueda tener de intimidatorio un *look* tan supermoderno—. Hola, guapa —le suelta a Antoinette mientras la rodea con el brazo. No la conoce, pero le he hablado de ella—. Espero que Golden te esté cuidando bien —añade, fingiendo que le importa.

—Pues sí, me está cuidando muy bien —contesta ella, con un brillo especial en los ojos que recompenso con un beso apasionado.

Desliza su mano por mi cintura y me doy cuenta del calor que hay entre nosotros. En situaciones como ésta, cuando las dos partes tienen tan claro lo que quieren, es fácil que surja una buena amistad. Esta conexión da a

nuestra relación una dimensión distinta al sexo ocasional. Significa algo para nosotros, aunque no sea lo que los guardianes de la moral definen como «algo serio».

Suena la canción de moda y las chicas saltan a la pista de baile entre gritos de alegría. Aprovechando que estamos solos, Zen me comenta en voz baja:

—¿Te has enterado de lo de Rochester? Por como lo cuenta, uno diría que Famosa Z va a proponerle matrimonio pronto...

—Sí, pero dudo que vaya a la caza de un marido. Y mientras, él le está dando una buena dosis de sexo guarro, al más puro estilo inglés —digo entre risas, imaginándome a Rochester, con su melena negra, sus tatuajes y su laca de uñas Chanel Noir campando a sus anchas por una mansión hollywoodiense de lujo minimalista blanco.

Madame Antoinette me sorprende por detrás, acariciando mi espalda.

—Ven al lavabo conmigo —susurra.

No creo que vaya a pedirme que la ayude a maquillarse.

Mientras subimos la escalera hacia los lavabos, que son como vainas blancas diseñadas para extraterrestres, percibo lo caliente que está la atmósfera. Es como si todo el mundo estuviera esnifando feromonas.

—Nunca he echado un polvo en uno de éstos —ríe mientras nos escurrimos los dos hacia dentro de la vaina y cerramos el pestillo para esquivar miradas indiscretas—. Estaría feo no aprovechar este lavabo de diseño, ¿no crees?

La beso y le subo el vestido. No hay mucho que subir, así que en cuestión de segundos ya la estoy penetrando. Por suerte el lavabo es de lujo y no se me corta

el rollo, aunque creo que a ella lo que realmente le pone es el morbo sucio de hacerlo en un lavabo.

Al terminar la miro mientras retoca su pintalabios y se atusa el pelo.

—Quiero que ésta sea la mejor noche de mi vida. Quiero hacer todo lo que no he probado antes —dice entre risas.

—Encantado de servirla —contesto—. ¿Qué desea la señorita?

—Quiero llegar al altar sabiendo que he cumplido todas mis fantasías. Todas. A veces no puedo evitar ver la vida como una lista de objetivos, y me jode pensar que hay cosas que no he hecho. No soporto la sensación de que me estoy perdiendo algo. ¿Tiene eso algo de malo?

—Para nada. A mí me parece muy razonable. Vive la vida. Los hombres llevan siglos haciéndolo, así que ¿por qué no vais a poder las chicas divertirlos un poco?

—Exacto. Si alguien en el trabajo me dijera que no puedo hacer algo porque soy una mujer, le demandaría. ¿Por qué va a ser distinto en el sexo?

Tanta vehemencia le ha subido el color de las mejillas. Está muy sexy y enseguida me inspiro para un segundo *round*. Mi gran final se acompaña de unos golpes en la puerta. Fuera de nuestro cubículo de lujuria, el tiempo ha pasado volando. Están cerrando y los porteros quieren que nos vayamos. Es curioso cómo pasan las horas en momentos así. Es como viajar a la velocidad de la luz comparado con la vida real. Quizá sea por el subidón de adrenalina que te da la lujuria, pero una parte de mí cree que es la sensación tan irreal que siento al estar cumpliendo las fantasías de una mujer que nunca va a enamorarse de mí. Sin ese objetivo final, el

momento queda congelado en el tiempo. Que no tengamos futuro lo hace todo más intenso y excitante.

De pronto pienso que un día Antoinette conocerá a un hombre con el que tendrá un futuro... y yo seguiré dando vueltas a la velocidad de la luz en este carrusel, viajando deprisa y divirtiéndome demasiado como para afrontar la realidad. Pero mi momento de reflexión no dura mucho.

—Tengo un plan. Un plan muy travieso —interrumpe Antoinette susurrándome cachonda al oído.

—¿Qué? Eres muy mala. Tanto que creo que voy a tener que castigarte con unos azotes. —Y la pongo sobre el inodoro, le levanto el vestido y le doy unos cachetes en ese culo sin bragas. Los porteros siguen aporreando la puerta.

Salimos juntos, sonriéndonos con provocación y cogidos de la mano mientras, con un gesto despreocupado, dejamos atrás al personal.

Fuera, madame Antoinette detiene un taxi y le pide que nos lleve a Hampstead. Antes de que pueda preguntarle adónde vamos, me manda callar con un dedo sobre mis labios.

—Ya lo verás —me dice con un punto de severidad. Me abalanzo sobre ella y la beso con pasión, aunque conservando algo de decoro para no montar el numerito delante del taxista. No soy tan cutre..., a menos que ella lo desee.

Cuando nos detenemos frente a la exclusiva agencia inmobiliaria donde trabaja, comprendo de qué va el plan y me río a carcajadas.

—¡Chiss! —me manda callar fingiendo seriedad mientras paga al taxista—. No queremos que la zona se devalúe y los precios de las casas caigan en picado,

¿verdad que no? —advierte mientras saca un juego de llaves de su bolso Chloé.

En el interior, enciende una luz en la parte trasera de la oficina, que ilumina con suavidad la parte de delante, donde se encuentra la imponente mesa donde la vi sentada la primera vez. Toma asiento y me invita a sentarme frente a ella.

—Necesito todos los detalles. Sobre todo el tamaño.  
—Me entra la risa y ella estalla en carcajadas. Tomo el relevo y le digo:

—Creo que se trata de una propiedad muy interesante, de lo mejorcito —digo mientras le desabrocho la parte superior—, pero voy a tener que verla entera.

—¿Ahora mismo? —suspira en mi oído.

Una pareja pasa por delante del escaparate. Pueden vernos, pero están tan abrazados el uno al otro que ni se dan cuenta. Ahora madame Antoinette está sentada sobre la mesa, con el vestido levantado hasta la cintura.

—Vaya, es la primera pareja de clase media que veo más interesada en sí mismos que en el escaparate de una agencia inmobiliaria —dice con acritud.

—Mejor para nosotros —apostillo mientras la acerco hacia mí.

—No. Espera un momento —ruega antes de que la penetre—, quizá tenga que tomar notas.

Y me aparta, se da media vuelta y se apoya sobre la mesa, de cara al escaparate. Entonces me mira provocadora por encima del hombro y me suelta:

—A partir de ahora, cada vez que mire hacia el escaparate, me acordaré de este momento. Me gustan mucho más las vistas que hay desde este ángulo.

Y se corre mirando de reojo los detalles de una mansión de un millón y medio de libras en Belsize Park.

Supongo que para tener éxito en los negocios nunca hay que apartar la vista del precio; aunque sea en medio de un orgasmo. A eso lo llamo yo dedicación. Cuando terminamos, se sienta y saca una calculadora.

—¿Seguro que no estás trabajando? —pregunto incrédulo.

—Estoy actualizando mi índice de orgasmos. Me prometiste siete y, según mis cálculos, sólo llevamos seis —y frunce el ceño.

Riéndome, la cojo de la mano y me la llevo hasta delante del escaparate. Mientras mira hacia la calle, la sujeto desde atrás y dejo que mis dedos de pianista hagan su trabajo. En cuestión de minutos se corre de una forma muy escandalosa.

—Creo que te mereces un bono —se da media vuelta y me desabrocha los pantalones—, que no se diga que no soy una buena jefa.

Y mientras toma posiciones me pregunto cómo se hace para mandarle una notita a Dios dándole las gracias.